

ANÁLISIS DE LAS COMPARACIONES. (1915f).



(Comparaciones de los enfermos. Concentración y rechazo. Las funciones de la censura. Acción e inhibición. El placer suscitado por las comparaciones)

Sandor Ferenczi.

Muchos pacientes tienen la costumbre de explicar sus pensamientos y sus ideas con ayuda de comparaciones. A menudo son comparaciones “sacadas por los pelos”, totalmente inapropiadas a lo que tratan de ilustrar, pero también con frecuencia son realmente oportunas, ingeniosas y espirituales. Considero que estas producciones de los analizados, que permiten a menudo un acceso directo al material psíquico oculto, merecen una atención particular. Esto es lo que desearía demostrar con algunos ejemplos. Para ello elegiré las comparaciones de los enfermos que no cesan de comentar sus impresiones sobre el trabajo analítico. Se trata, pues, de comparaciones aplicadas al psicoanálisis.

“El análisis es enojoso -dice un paciente-, se parece a un trabajo molesto, como el separar los granos de adormidera y los granos de arroz...”

La elección de esta comparación no se hizo por azar. “Separar granos” nos lleva directamente a escenas y cuentos infantiles del paciente -fijación en el período infantil-, a la vida rural patriarcal que, en realidad, es todavía hoy el centro de interés exclusivo del paciente, que, sin embargo, reside en la capital desde hace muchos años.

“El trabajo analítico es como cosechar legumbres -dice otro paciente-, se tira la cáscara y se guarda el grano.” El análisis de esta idea conduce a un nivel más profundo. El enfermo ha recordado que de niño acostumbraba a llamar granos a las bolas fecales expulsadas por su hermana. Partiendo de este recuerdo, el camino conduce al erotismo anal.

“Veo la diferencia entre la hipnosis y el análisis del siguiente modo: La hipnosis es como el cepillo del polvo que hace entrar más profundamente aún el polvo en los vestidos, mientras que el análisis es como el aspirador que absorbe los síntomas.”

Esta excelente analogía merece ser colocada junto a la famosa comparación de Freud, cuando compara la hipnosis y el análisis a las dos técnicas de la escultura tal como las ha descrito Leonardo.¹ Desde el punto de vista del paciente, un homosexual masoquista, el análisis ha descubierto que la comparación con la paliza y la succión podía explicarse también a través de su historia personal.

“El análisis es como un tratamiento vermífugo -decía otro paciente-; aunque se eliminen muchos segmentos, mientras permanezca la cabeza, lo demás no sirve para nada.” No creo que pueda caracterizarse mejor la orientación de la terapéutica psicoanalítica. Los síntomas no son efectivamente más que segmentos expulsados del organismo psíquico, cuyo núcleo, la cabeza, de la que extraen su fuerza, se halla en el inconsciente. Mientras que la cabeza no aparece a la luz, puede preverse la reaparición de los segmentos sintomáticos, que han podido desaparecer provisionalmente. Para el análisis del paciente, esta comparación ha servido para poner en evidencia experiencias anales infantiles. También dejaba prever, cosa que luego

1.- Freud compara la hipnosis a la técnica de escultura en la que el objeto es formado mediante *adición de materia*, y el psicoanálisis a la técnica que utiliza la *sustracción de materia*.

se confirmó, que el tratamiento del enfermo quedaría interrumpido antes de concluir, y ello en razón de consideraciones materiales (anales). El paciente no permitió que se extirpara la cabeza de su gusano-neurosis.

“Durante el análisis me siento como una bestia salvaje encerrada en una jaula.”

“Yo me siento como un perro que tira en vano de su cadena.”

“Las interpretaciones que usted hace respecto a mis ideas me colocan en la situación de un escorpión rodeado de llamas; por donde quiera que trate de salir, el fuego de sus interpretaciones me impide el camino y me empuja finalmente al suicidio.”

Estas tres comparaciones últimas proceden de un mismo paciente al que intenté en vano demostrar que su sensibilidad y su ternura conscientes disimulaban una personalidad extremadamente agresiva. Pero pienso que estas comparaciones y otras más en las que se asemejaba a animales salvajes, dañinos y venenosos, confirman mi hipótesis.

A veces puede concederse cierta importancia a una metáfora aparentemente debida al azar, como en el caso del paciente que caracterizaba su estado psíquico de esta forma: “Me siento como si hubiera una mancha en mi alma.” Naturalmente no era sólo su “alma” la que tenía una mancha, sino también, como descubrió el análisis, las sabanas de su cama que testimoniaban su onanismo.

“¡Difícil alumbramiento!”, gritaba un paciente cuando no progresábamos en el análisis. Ignoraba que la elección de esta expresión estaba determinada por el difícil parto de su mujer. A consecuencia de ello tuvieron que renunciar a tener descendencia, a pesar de que habían perdido entretanto a su primer hijo.

“Es usted como un campesino, que encuentra su camino en los lugares más oscuros de la selva virgen de mi alma”, dijo otro paciente. El material de esta comparación un tanto forzada provenía naturalmente de las fantasías robinsonianas de su juventud.

En el análisis de esta última comparación es preciso considerar no sólo los factores biográficos sino algunos determinantes simbólicos más profundos. Sabiendo que la comparación proviene de un paciente cuya insuficiencia sexual puede atribuirse a una fijación narcisista homosexual, podemos interpretar sus palabras como el signo de una transferencia sobre el médico y los “lugares oscuros de la selva virgen de su alma” como un símbolo sexual.

El simbolismo se expresa aún más claramente en las comparaciones de otro paciente: “El análisis es como una tempestad que azota incluso la vegetación submarina” (*sic*) (erotismo anal, fantasías de parto).

“No puedo familiarizarme con este método terapéutico en que el enfermo queda abandonado a sí mismo con sus ideas. El análisis se contenta con hurgar en las profundidades esperando que lo que allí se oculta surja espontáneamente como un pozo artesiano; sin embargo, cuando la presión interior es tan débil como en mi caso, sería preciso el auxilio de una bomba.”

Para comprender mejor el simbolismo sexual de esta comparación, conviene saber que el paciente presentaba una fijación paterna extraordinariamente intensa y que al mismo tiempo había transferido ese sentimiento sobre el médico.

Un paciente contó que en el banquete de bodas de su hermana mayor había hecho el siguiente brindis dirigido a su cuñado: “Cuando tus nobles pensamientos hayan pasado por la retorta de tu esposa, serán más nobles aún al cristalizar.” Al haber pronunciado esta comparación en una boda, todos los oyentes la consideraron como una alusión a la sexualidad y al nacimiento. Únicamente el orador no había sido consciente de tal alusión.

“Si usted consigue penetrar en mis pensamientos inconscientes, le consideraré un héroe que ha derribado de un garrotazo las puertas de Constantinopla.” Para explicar esta comparación es preciso saber que los síntomas y los sueños de este paciente -aunque rehúse tomar nota de ello- permiten deducir la existencia de una constitución sexual con fuerte componente sádico.

Esta serie de ejemplos es suficiente para darnos una idea general de las condiciones psíquicas necesarias de las comparaciones. Quien concentra su atención en la busca de una comparación sólo se preocupa de las analogías, de los parecidos, y es totalmente indiferente respecto al material del que va a extraer su comparación. Hemos indicado que, en tales circunstancias, este material *indiferente* proviene casi siempre

del inconsciente rechazado. Ello nos obliga a examinar atentamente las comparaciones de los pacientes desde el punto de vista del inconsciente; en efecto, el análisis de las comparaciones junto con el análisis de los sueños, de los actos frustrados, y de los síntomas, es un arma no despreciable de la técnica analítica.

También hemos podido determinar que el material contenido en las comparaciones -como el contenido manifiesto del sueño- es en algunos casos el resultado de una huella mnésica que proviene de la historia del paciente, y posee un valor histórico real, mientras que en otros casos, es la expresión simbólica de tendencias inconscientes. Naturalmente las dos fuentes de comparaciones pueden participar en la formación de una sola y misma comparación.

Me parece esencial la concentración de la atención (del interés y posiblemente también de una parte de la libido) cuando se busca una comparación, porque provoca idéntico debilitamiento de la censura que el que hemos constatado respecto a la *formación del sueño*. Cuando uno concentra su atención para hallar una comparación, el material rechazado hasta entonces accede a la conciencia, aunque sólo sea de una manera simbólica, igual que cuando uno concentra su interés en el deseo de dormir. También el que duerme se interesa en exclusiva por mantener el estado de sueño, y todo lo demás le es indiferente. Sin embargo, la parte de ese material psíquico “indiferente” que accederá a la conciencia en primer lugar será por supuesto el material psíquico más fuertemente reprimido, es decir, el que se halla sometido a una tensión máxima: *el contenido psíquico rechazado*. La fuerza de esta tendencia “anterógrada” corresponde a la fuerza del *rechazo* que le ha precedido. Por otra parte, esta reciprocidad entre la atención y la accesibilidad del material inconsciente nos es bien conocida en muchos otros campos. La *asociación libre*, arma principal de la técnica psicoanalítica, sólo tiene valor si se respeta la “regla fundamental” definida por Freud, a saber, que el paciente debe esforzarse al máximo por permanecer “indiferente” respecto a las ideas que le vienen a la mente. Sólo si se respeta esta regla, surge del inconsciente el material que hay que interpretar y organizar; por el contrario, cuando se intenta justificar un síntoma o una idea con una atención consciente, no se hace más que estimular la vigilancia de la censura. Freud mismo nos ha enseñado que las buenas interpretaciones del *psicoanalista* se deben menos a un esfuerzo lógico que al libre juego de las ideas, lo que exige una cierta “indiferencia” respecto a las ideas del paciente. Un deseo desenfrenado de saber o de curar conduce o bien en una falsa dirección, o bien a ninguna parte.

En la *Psicopatología de la vida cotidiana*, la reciprocidad anteriormente indicada aparece de forma muy clara. El acto frustrado del “profesor distraído” proviene de que concentra su atención en un solo sujeto y permanece indiferente a todos los demás. (Recuérdese el dicho de Arquímedes: “Noli turbare circulos meos.”).

Del mismo modo, los actos sintomáticos son tanto más numerosos cuanto más absorta se halla la atención. En lo que concierne al olvido de *nombres propios*, cualquier búsqueda consciente resulta por lo general infructuosa, pero en cuanto cesan los esfuerzos, la palabra olvidada se recuerda fácilmente.

La sintomatología de la *hipnosis* y de la *sugestión* se hace más comprensible si consideramos la relación de reciprocidad entre la concentración y el rechazo. En otro lugar hemos afirmado que la actitud para hacerse hipnotizar puede relacionarse con la obediencia ciega, y ésta con una fijación parental transferida.² Hay dos clases de hipnosis: *la hipnosis paternal (por intimidación)* y *la hipnosis maternal (mediante la ternura)*.

El hipnotizado cuya atención se concentra sobre el temor o sobre el amor se hace indiferente a todo lo demás. Podría expresarse el estado psíquico de un sujeto sumergido en la catalepsia por medio del terror con las siguientes frases: “Siento, hago y digo todo lo que quieras, pero ¡no me hagas mal!” El cataléptico por amor podría decir: “Para agradarte, veo, hago y creo todo lo que quieras. Excepto tu amor, todo me es indiferente.”

Sea cualquiera la forma de hipnosis de que se trate, los resultados del método catártico según Breuer y Freud nos demuestran que aquí, a consecuencia de la fascinación ejercida por el hipnotizador y por la indiferencia hacia todo lo demás, el material psíquico, profundamente rechazado en general, se hace consciente con facilidad.

2.- Ver: “Papel de la transferencia en la hipnosis y en la sugestión”, O. C., I.

El importante papel que desempeña la concentración en la hipnosis queda perfectamente demostrado por un procedimiento muy utilizado en la práctica hipnótica que consiste en concentrar la atención del sujeto sobre fenómenos ópticos y acústicos.

A este respecto señalaremos las “prácticas ocultas” de los *videntes en bolas de cristal o en espejos* (lecanomancia),³ que concentran ansiosamente su atención sobre un punto y luego profetizan. Las investigaciones de Silberer⁴ demuestran que en tales predicciones habla su propio inconsciente; añadiremos por nuestra parte que, a consecuencia del aflojamiento de la censura debido a la concentración, se expresa en ellas el material rechazado que, debido a ello, se ha hecho indiferente.

Puede observarse algo análogo con ocasión de un afecto demasiado intenso, como una explosión de rabia, que se manifiesta mediante una retahíla de injurias. En el estudio psicológico que he hecho sobre las palabras obscenas, he demostrado que el único deseo del insultante puede ser el de ofender lo más gravemente posible el objeto de su odio, sin elegir los términos, expresando éstos, accesoriamente y a las claras, sus propios deseos anales y edipianos profundamente rechazados. Basta con aludir a los insultos obscenos empleados por las clases bajas y a las versiones atenuadas de los mismos que usan las personas educadas.

Otra prueba de esta relación funcional entre la intensidad del interés y el rechazo la proporciona la patología mental. La fuga de ideas del *maníaco* permite al contenido psíquico más severamente rechazado llegar sin esfuerzo a la superficie; podemos suponer que, contrariamente al melancólico cuyo mundo afectivo está inhibido, eso le resulta indiferente. En la *parafrenia* (demencia precoz), que consiste esencialmente en una indiferencia por el mundo exterior y por toda relación objetal, constatamos que tales secretos, tan celosamente conservados por los neuróticos, son expresados con absoluta simplicidad. Se sabe que los parafrénicos son los mejores intérpretes de símbolos; nos explican sin ningún esfuerzo el sentido de todos los símbolos sexuales, que han perdido para ellos toda significación.

Por lo demás nuestras curas psicoanalíticas demuestran que un cierto grado de “indiferencia” es una condición previa para que el material inconsciente acceda a la conciencia. Sólo cuando el proceso de curación ha hecho que los impulsos de deseo rechazados sean en cierto modo indiferentes y ha conseguido que la libido quede desplazada de éstos y se dirija a un objeto más adecuado, pueden los pacientes admitirlos en su conciencia.

Volviendo a un campo más próximo a nuestro punto de partida, mencionaré el proceso del *chiste* descrito por Freud, donde la atención queda retenida por la técnica del chiste, permitiendo esta detención expresarse a las ideas rechazadas. Por último, citaré una advertencia hecha verbalmente por un psicoanalista, el doctor H. Sachs, quien estima que las *palabras* con que el *poeta* reviste sus ideas indican a menudo las fuentes más profundas, inconscientes, de estas ideas. También aquí debemos admitir, por analogía con la formación de las comparaciones, que la concentración de la atención del poeta sobre la idea que debe expresar permite al material inconsciente aparecer en las palabras libremente elegidas del poema.

Ya Pfister había indicado que los garabatos que se escriben “sin pensar” (o sea, que son indiferentes) contienen a menudo comunicaciones sorprendentes surgidas de la vida psíquica inconsciente.

Así, pues, el hecho de que en todos los casos evocados de concentración exista un debilitamiento proporcional de la censura, nos permite concluir que la cantidad de energía utilizada por la concentración servirá también para hacer funcionar la censura. (En el estado actual de nuestros conocimientos psicoanalíticos, no podemos decidir si se trata de energía libidinosa, de interés o de ambas cosas a la vez.) Comprenderemos mejor la alternancia de ambas funciones si pensamos que toda concentración es a fin de cuentas una variante del trabajo de censura, que equivale a destacar de la conciencia cualquier impresión interna o externa a excepción de las que se refieren al campo que atrae la atención o de las que corresponden a la actitud psíquica

3.- El diccionario de Dupinay de Vorepierre da la siguiente definición de “lecanomancia”: “Se trazan algunos caracteres o signos sobre pequeñas piedras o láminas metálicas que se arrojan seguidamente al estanque. La respuesta la proporciona el ruido que produce la caída de estos cuerpos en el fondo” (N. de T.).

4.- H. Silberer: “Lekanomantische Versuche” (Experiencias de lecanomancia), *Zentralblatt für Psychoanal.* año II.

de concentración. Todo lo que perturba el descanso es rechazado por la censura del que duerme, del mismo modo que en estado de vigilia lo son las ideas incompatibles con la conciencia porque parecen inmorales. El sabio absorto por el objeto de su estudio está sordo y ciego para todo lo demás, lo cual quiere decir que la censura rechaza toda impresión que no se halle en relación con tal objeto. Debemos suponer que existe un proceso de rechazo similar -a veces fugaz- en los demás casos de concentración, como, por ejemplo, en la búsqueda de una comparación. De este modo comprendemos mejor que la cantidad de energía utilizada en este trabajo de rechazo fugaz (censura) proviene de la energía de inhibición que opera constantemente entre el preconscious y el inconsciente, y se mantiene a expensas de esta energía.

La censura es un sistema de rendimiento limitado. Cuando la demanda dirigida a una de sus funciones aumenta, ello repercute necesariamente sobre las demás. Este fenómeno confirma enteramente la opinión de Freud de que el sistema psíquico funciona con cantidades de energía móviles y no diferenciadas cualitativamente.⁵ Además de esta descripción puramente “económica” del proceso, podemos también formarnos una cierta idea de *ladinámica* del desplazamiento supuesto de la energía en el momento en que nos concentramos. Este elemento de apariencia mística e inexplicable, que está vinculado a cualquier acto volitivo y de atención, se explica en gran parte si admitimos la hipótesis siguiente: el acto de atención implica en primer lugar la firme inhibición⁶ de cualquier otro acto distinto de la acción psíquica proyectada. Si todas las vías de acceso a la conciencia se hallan cerradas a excepción de una sola, la energía psíquica discurre *espontáneamente* en la única dirección posible, sin especial esfuerzo (por lo demás inconcebible). Así, pues, si quiero mirar algo atentamente, debo hacerlo aislando de mi conciencia todos los sentidos a excepción del visual; así, la atención añadida a las excitaciones ópticas se realiza por sí misma, del mismo modo que aumenta el caudal de un río si cerramos los canales de comunicación y de desagüe. *El principio de toda acción es, pues, una inhibición desigual.* La voluntad no funciona como una locomotora que marcha sobre los raíles: sería más bien como el guardagujas que cierra todas las vías excepto una a la energía en sí misma indiferenciada -la energía locomotriz esencial-, de forma que ésta se ve obligada a tomar el único camino que queda. Tengo la impresión de que esto es válido para cualquier clase de “*actividad*”, e igualmente para la actividad fisiológica; la excitación de un determinado grupo muscular sólo puede conseguir un resultado si se da la inhibición de los músculos antagonistas. En consecuencia, la concentración psíquica necesaria para la formación de una comparación sólo es posible si existe la inhibición del interés (es decir, la indiferencia) hacia todo lo demás, entre otras cosas hacia el material rechazado anteriormente que trataría de aprovechar esta ocasión para manifestarse.

Hubiera deseado aportar -basándome en observaciones psicoanalíticas- algo nuevo respecto al placer que procura la formación o la escucha de una comparación oportuna. Pero solamente he podido constatar que la teoría de Freud relativa al chiste puede aplicarse también a esta clase de placer estético. Debido a que la atención, y con ella una parte de la actividad de censura, se concentran sobre el establecimiento de una *comparación* entre dos cosas alejadas (lo que de por sí es ya un placer), otros complejos severamente censurados hasta entonces quedan liberados de la opresión que sufrían y el *placer esencial* (“*el placer último*”) provocado por la comparación puede atribuirse a esta economía de energía de la inhibición. Podría pues compararse el placer debido al parecido (la semejanza) *al placer preliminar* despertado por *la técnica del chiste*. Por lo demás, existe una larga serie intermedia entre las simples comparaciones que no liberan ninguna fuente inconsciente de placer y las comparaciones “sutiles” y “espirituales” en las que el placer principal proviene del inconsciente.

El placer especial que hallamos al encontrar la misma cosa en un material totalmente diferente corresponde a la economía de trabajo intelectual que provoca el placer preliminar en la técnica del chiste. Es posible que tras *eseplacer de la repetición se oculte el placer del redescubrimiento*.

Algunas personas poseen el don de hallar en rostros desconocidos rasgos mínimos de parecido con personas

5.- Esta regla parece ser también válida para los servicios de censura de los Estados. Me parece que después de la guerra, la censura, que se ha hecho tan rigurosa en materia de política, muestra más benevolencia hacia la literatura erótica.

6.- Ver la psicología de Pikler.

a quienes conocen. Este sentimiento de familiaridad que despierta en ellos el parecido parece protegerles contra el efecto desagradable de las impresiones nuevas suscitadas por las fisonomías totalmente extrañas. Señalemos también con qué placer volvemos a una ciudad que ya hemos visitado, mientras que necesitamos un cierto tiempo (el tiempo necesario para que haya repetición) antes de que desaparezca el conjunto de las impresiones de un viaje que aún están frescas. Creo que todo lo que hemos “asimilado espiritualmente”, introyectado, queda “ennoblecido” en cierto modo por este hecho, y participa en nuestra libido narcisista. Puede que se encuentre en ello a fin de cuentas la fuente del placer que sentimos cuando al elaborar una comparación redescubrimos la impresión familiar en la nueva impresión. El efecto especialmente extraño que causa el psicoanálisis a los pacientes puede explicar que algunos de ellos -como en los ejemplos citados al principio- se esfuercen por atenuarlo mediante una multitud de comparaciones. De la misma forma, la tendencia a redescubrir el objeto amado en todas las cosas del mundo exterior hostil es probablemente la fuente primitiva de la formación de símbolos.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.